

[◦] **AGUSTÍN BASAVE**

Retornamos a nuestra tercera realidad.
La que relegamos durante dos o tres semanas,
mientras sentimos que la epidemia era más
amenazante.

AGUSTÍN BASAVE

Vuelta a la anormalidad

Aquí estamos, asqueados y entretenidos. Y lo que falta. En víspera de las elecciones intermedias, de cara al banderazo formal de la carrera presidencial, otros esqueletos pueden salir del clóset. Bailaremos al son de notas escandalosas, nos meteremos al carnaval de la mierda. Porque el morbo nos hace disfrutar el desfile de cinismos, el espectáculo de perversiones, el concurso grotesco de miserias desnudas.

Retornamos a nuestra tercera realidad. La que relegamos durante dos o tres semanas, mientras sentimos que la epidemia era más amenazante. Durante ese paréntesis nos ganó la angustia. Lo que antes nos atemorizaba era grave pero familiar: el crimen organizado y la crisis económica se estaban convirtiendo en parte de nuestro paisaje existencial. El nuevo peligro, en cambio, nos era desconocido. Por eso nos hizo olvidarnos de lo demás. Vimos el horizonte oscurecerse e imaginamos que detrás de esas sombras avanzaba algo ignoto, impredecible, que podía echársenos encima. Pero súbitamente se disiparon las tinieblas y nos dimos cuenta de que todo seguía igual.

Las notas de la prensa y de los noticieros volvieron a teñirse de rojo. Regresamos de un día para otro a la rutina informativa de ejecuciones, secuestros, aprehensiones y fugas. Violentamente volvimos los ojos a la violencia. Y al mismo tiempo pasamos de una noche a la otra: nos reencontramos con los vaticinios sombríos sobre cierre de empresas y desempleo. Peor aún, el panorama desalentador que por unos momentos dejamos de ver se tornó desolador. La economía, de por sí golpeada, recibió el impacto adicional del frenazo que le impuso la influenza. El turismo sufrió un golpe devastador y mucha gente quedó al borde del abismo.

Pero hay una segunda realidad a la que también estamos regresando. Una que habíamos soslayado hace mucho tiempo, que existe desde antes de la emergencia sanitaria y que precede también a la criminalidad desbocada y a la recesión. Me refiero a la corrupción que revelan los flamantes escándalos políticos, gotas de un miasma que escurren bajo las bambalinas de la disputa por el poder. Y es que por cada cloaca que se destapa hay muchas que quedan tapadas. Lo mismo en los partidos que en el mundo sindical o en el empresarial o en el del periodismo, que asume una suerte de *omertá*. De las que nos enteramos son fechorías que se ponen al descubierto por algún error de cálculo, por voracidades o traiciones que propician venganzas o ajustes de cuentas, por

Nos hace falta un retorno más.

Nos urge volver a la primera realidad, la más difícil de todas. Hasta ahora nos hemos conformado con argumentar que los corruptos están en las élites y que los demás somos inocentes.



Continúa en siguiente hoja

Fecha 18.05.2009	Sección Primera	Página 26
----------------------------	---------------------------	---------------------

pasiones desbordadas o remordimientos.

Los libros y las entrevistas que se han difundido recientemente hicieron las veces de despertador. Nos sacaron del sonambulismo de la angustia para regresarnos, de golpe, a la inveterada anterioridad. De lo imprevisible pasamos a lo previsible. Y aquí estamos, asqueados y entretenidos entre ríos de inmundicias que amenazan con anegarnos. Y lo que falta. En víspera de las elecciones intermedias, de cara al banderazo formal de la carrera presidencial, otros esqueletos pueden salir del clóset. Bailaremos al son de notas escandalosas, nos meteremos al carnaval de la mierda. Porque el morbo nos hace disfrutar el desfile de cinismos, el espectáculo de perversiones, el concurso grotesco de miserias desnudas. Lo observamos con una ceja levantada, dos ojos desorbitados y tres dedos apretando la nariz, pero no podemos disimular el placer. Nos hace vernos mejores: justifica tácitamente nuestros pecados, relaja nuestra conciencia. Total, es la naturaleza humana.

Con todo, nos hace falta un retorno más. Nos urge volver a la primera realidad, la más difícil de todas. Hasta ahora nos hemos conformado con argumentar que los corruptos están en las élites y que los demás somos inocentes. Y sí, prevalece una enorme inmoralidad arriba, pero ya es tiempo de preguntarnos qué la hace posible abajo. Unos más, otros menos, pero todos somos parte de este problema que tiene raíces históricas y culturales. Tenemos que dejar de vernos la cara con la idea de que nuestra sociedad es limpia y que sólo los dirigentes son sucios. ¿De dónde salen, dónde se forman esos dirigentes? ¿No permea al ámbito público y al sector privado o social que dirigen un código de deshonestidades? ¿No abundan las mordidas, los establecimientos que venden kilos de 900

gramos y los litros de 900 mililitros, la *piratería* que se vende y se compra, las corruptelas de grupos informales, las mafias o las sectas facciosas en los sindicatos, en la burocracia, en el deporte, en la academia? ¿No es aquello de que el que no transa no avanza el lema que suscriben muchos mexicanos, los mismos que toleran al que roba siempre y cuando salpique? Me santiguo al decir algo tan políticamente incorrecto: si bien hay en este país ciudadanos admirablemente íntegros, la mayoría acepta de buena gana y participa en mayor o menor medida en el juego de reglas no escritas e ilegalidades dentro del cual se mueve gran parte de nuestra vida política, económica y social. Su comportamiento es racional: el sistema está diseñado para que sea más conveniente violar la ley que cumplirla. Por eso la corrupción se ha con-

vertido en el aceite sin el cual no puede funcionar el engranaje de México. Es un mecanismo que hace que las cosas se muevan, una urdimbre de complicidades sin la cual se dificulta la convivencia armónica.

La responsabilidad primordial de cambiar el sistema es de los representantes. Pero nada cambiará sin la depuración y la presión de los representados, sin una cruzada por la autocrítica social y por el renacimiento ético de nuestra sociedad políticamente organizada. Seguiremos en esta cotidianeidad de fullerías, permitiendo que quede impune el chapeo de los grandes corruptos en el estercolero. Continuaremos en un baile de máscaras en el que nadie engaña a nadie y todos nos engañamos a nosotros mismos. Y así, cuando la cuarta realidad sea un recuerdo remoto, habremos completado nuestra vuelta a la anormalidad.

abasave@prodigy.net.mx